

de Hayes queda ya fuera de los límites de la obra aquí reseñada.

En definitiva, la obra *Roosevelt y Franco* es ya un referente obligado para todos aquellos investigadores que deseen conocer las relaciones hispano-norteamericanas durante los primeros años del Franquismo.

Misael Arturo López Zapico

ANTONIO ARIZMENDI y PATRICIO DE BLAS

Conspiración contra el Obispo de Calahorra

Madrid, Edaf, 2008, 256 pp.
ISBN: 978-84-414-2083-0

La verdad es la primera víctima de todas las guerras. Y qué duda cabe que lo que mantuvo el franquismo durante los cuarenta años de la Victoria frente a cualquier tipo de disidencia fue una guerra sin paliativos. No obstante, donde al Régimen no le tembló el pulso para fusilar y encarcelar a seglares, sí le ocasionó notables inconvenientes el reprimir las subversiones dentro de su pilar ideológico: la Iglesia. La institución, para aquél entonces, se empleaba en disfrutar de los privilegios logrados tras largos años de servicio fiel a la dictadura y a su maquinaria, una vez consolidada como la familia predilecta de la autoridad militar. Recelosa de cualquier alteración en el *statu quo*, le facilitaría su labor represiva sin cortapisas, incluso dentro de sus propias filas.

En el presente estudio, Antonio Arizmendi, ex-magistrado del Tribunal Supremo e hijo del abogado de la Diócesis de Calahorra nos aporta las vivencias de su padre como testigo, y su investigación personal para poner en entredicho por vez primera el escándalo que marcó ante la opinión pública la figura de Fidel García Martínez, obispo de la sede calagurritana entre 1921 y 1952. Junto a él, Patricio de Blas (coautor, entre otras, de *Historia Común de Hispanoamérica* (Edaf, Madrid, 2000) y de *Nadar contra corriente. Julián Besteiro* (Algaba, Madrid, 2002) nos ofrece su profundo conocimiento de las vi-

cisitudes de la vida y apostolado del prelado en una visión admirablemente global. Su contribución –imprescindible para el conocimiento de la institución eclesiástica en el período– resulta la primera en cuestionar públicamente el escándalo que caracterizó y sigue caracterizando la memoria del célebre, a su pesar, obispo de Calahorra.

Y es que no se trataba ni muchísimo menos de un prelado más dentro del grueso del episcopado ibero. Predilecto de los jesuitas durante sus estudios en la Universidad Pontificia de Comillas, también lo había sido del Vaticano para suceder al cardenal Segura como Primado de Toledo en 1931, cargo que él rechazó. Varios años antes, ya había sido elegido entre tantos para encabezar la representación oficial de España en el Congreso Eucarístico de Chicago de 1926. Destacaría incluso, llegado el ocaso de su trayectoria, como el dignatario español más activo y relevante en sus intervenciones en el Concilio Vaticano II. Por todo ello, resultaba su subversión especialmente peligrosa para el Régimen. Los desencuentros entre don Fidel y Franco venían de lejos, no obstante. A pesar de figurar como firmante de la Carta Colectiva de los Obispos, sí expresó a la jerarquía sus reticencias al respecto del documento, que no consideraba «inoportuno», pero tampoco necesario, y cuya publicación, a su parecer, debía «aplazarse a cuando la guerra pueda darse por terminada». Claro que dichas reservas resultarían *peccata minuta* cuando el Boletín Episcopal de Calahorra reprodujo a mandato suyo la Encíclica de Pío XI en que condenaba el nazismo, *Mit Brennender Sorge* (1937). Ésta había sido absolutamente silenciada por las autoridades franquistas, en esos momentos ostentosa y sentidamente filonazi, a lo largo y ancho de todo el territorio nacional. Ahondando en estos mismos principios marcados por Pío XI, en 1942 firmaría su condena al publicar en marzo su «Instrucción Pastoral sobre algunos errores modernos», junto a la que publicaba nuevamente la tan polémica encíclica. En su instrucción,

se reafirmaba en la condena al totalitarismo germano, especialmente peligroso —a sus ojos— en España, donde «a hombres e instituciones representativos de estas ideologías se los alaba con frecuencia y sin medida». Tal aldabonazo en un momento en que, entre otras muchas muestras de hermandad, la División Azul combatía en Rusia hombro con hombro con las tropas alemanas difícilmente podía quedar sin respuesta.

Y la respuesta llegaría a modo de montaje, en un escándalo que pondría fin a la carrera y al buen nombre del prelado calagurritano. El recurrir a escándalos de tipo sexual donde no podían llegar los métodos represivos ortodoxos no era nuevo en la persecución de sacerdotes desobedientes, empero. Sólo por citar un ejemplo, las acusaciones de índole íntima se impusieron a menudo a aquéllas de matriz política en el proceso seguido contra el sacerdote-miliciano oscense, Cándido Nogueras, en fecha tan temprana como 1937, que culminaría en el proceso sumarísimo seguido en Zaragoza el 30 de julio de 1938 contra él. Y es que la maquinaria represora era conocedora de la gran utilidad de tales acusaciones contra los clérigos; que resultaban fáciles de verter —pues entroncan con su propia leyenda negra— e imposibles de limpiar una vez habían sido pronunciadas, inhabilitándoles moralmente de cara a los fieles, a perpetuidad. Para desautorizar al obispo de Calahorra, no obstante, no repararon en medios.

Tras varios intentos fallidos de desprestigiarle, y siempre según los autores, recurrirían a elaborar el celeberrimo «Informe Reservadísimo» de 28 de agosto de 1952, en el que se relataba cómo el obispo habría sido descubierto por las fuerzas de seguridad en un burdel de Barcelona del que, además, era cliente habitual. Habiendo renunciado a su diócesis, el mitrado se refugiaría en Deusto. Una década después, cuando el Servicio Secreto Militar reiteraba en un informe la falsedad de la historia, Franco zanjaría la polémica: «esto cuanto más tarde se sepa mejor». Don Fidel, por su parte, tampoco aceptaría ningún tipo de rehabilitación que no desentrañara

el montaje, ya inflado hasta el paroxismo en los mentideros de la España gris de aquellos años. Tampoco sus superiores mostraron interés alguno por cuestionar el entramado de la intriga.

A su muerte, a los 93 años, era enterrado con la mayor vergüenza en los sótanos del seminario que él mismo impulsó, sin que nadie se hubiera atrevido a rescribir su historia. Hasta hoy, claro.

Luisa Marco Sola

MANUEL ORTIZ HERAS (COORD.)

Movimientos sociales en la crisis de la dictadura y la transición: Castilla-La Mancha, 1969-1979

Almud, Ediciones de Castilla-La Mancha, Ciudad Real, 2008, 351 pp.
ISBN: 978-84-936235-6-2

El libro coordinado por Manuel Ortiz Heras, *Movimientos sociales en la crisis de la dictadura y la transición*, recoge una amplia panorámica política y social de lo que hoy es la Comunidad de Castilla-La Mancha durante el decenio 1969-1979. Un libro de esforzada investigación colectiva, escrito con diez miradas críticas, las de sus autores, hacia una época y unos protagonistas que dibujaron, con su acción social, el entramado de lucha contra la dictadura franquista y por las conquistas democráticas. La resultante salida a la democracia mediante un proceso de transición que hoy, en retrospectiva, es calificada por muchos historiadores como «transición amnésica», no debe hacernos caer en el error interpretativo, como denuncian las páginas de este libro, de responsabilizar a los agentes sociales, políticos y sindicales —que conformaron la vanguardia ciudadana y que contribuyeron a la dinámica de lucha y enfrentamiento contra los sectores más intransigentes de la dictadura—, de pactar, directamente, un silencio sobre el pasado represivo dictatorial y una impunidad para el subsiguiente periodo democrático que, hoy, es el nudo gordiano de lo que popularmente conocemos como «olvido de la memoria his-